

## ACCION ESPAÑOLA: EXIGENCIA DE UN DEBER RELIGIOSO

POR

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA

Con motivo del fallecimiento de Eugenio Vegas se ha recordado numerosas veces su fidelidad monárquica. Evidentemente, Eugenio, paradigma de fidelidades, fue el «novio de la monarquía» como le bautizó Pemán, pero quienes se quedan en eso —y lo afirmo desde las muchísimas horas pasadas con él como confidente de sus *Memorias*—, no han llegado a calar los verdaderos sentimientos de Eugenio Vegas.

Porque la monarquía para él, no era un fin sino un medio con el que se podía servir mejor a Dios y a la Patria. Y tampoco estoy expresando con ese *servir mejor* el exacto pensamiento de Eugenio Vegas. No era en él cuestión de grados, porque la república democrática, basada en la soberanía popular, era la negación de los derechos de Dios sobre los pueblos y sociedades. Los hombres no podían decidir con su voto lo contrario a la voluntad de Dios: aborto, divorcio, robo, crimen... Y, prácticamente, no distinguía entre república y monarquía liberal. Esta no era más, lo repitió mil veces, que una república coronada. Y su titular: el rey poste o agosto cero.

No fue, por tanto, el novio de una monarquía cualquiera sino de la monarquía tradicional. Y ello no por la monarquía sino por Dios y por España, que era lo que en verdad le preocupaba.

Si la vida de Eugenio es asombrosa por mil conceptos, entre ellos llama enseguida la atención su precocidad. Su actividad pública más creativa la desarrolló con poquísimos años. Y desde el primer momento con una claridad de criterios asombrosa.

Aquel joven oficial jurídico que a los veintidós años solicitaba audiencia a Alfonso XIII, iba a proponerle un programa de salvación de la monarquía. La proyectada entrevista con el rey no se realizó hasta el año siguiente. El desconocido teniente jurídico salió de palacio con la impresión de que el monarca le había oído como quien oye llover. Pero bien sabía que por encima de los reyes estaban Dios y España. Alfonso XIII partiría hacia el exilio, pero *Acción Española* iba a nacer. Tenía que nacer. Un desconocido joven provinciano, que aún no conocía a nadie, soñaba una España como la de los Reyes Católicos, Carlos I y Felipe II.

Todo había nacido cuando, en unas conferencias piadosas, aquel joven, entonces casi un niño, escuchó aquello de «Si comiereis, si bebiereis, si hicieréis cualquier cosa, hacedlo en memoria de Cristo». Meditaba a diario esas palabras y examinaba a su luz actuaciones cotidianas. De ahí nació una vida que quiso *Ad maiorem Dei gloriam*.

Con ese principio y con la tenacidad incansable de Eugenio Vegas todo era posible. Es la fuerza de un alma. Sin embargo, nada hacía suponer la fertilidad de su trabajo. Desconocido en Madrid, sin relaciones sociales, de carácter tímido que podía ser tenido por huraño, sin dotes oratorias, la política parecía estarle vedada. Además se creía incapacitado par escribir. Esto último nunca lo entendí. Porque sus escritos, que no prodigó, son tersos de estilo, de muy agradable lectura e inmediata inteligencia. Me consta el trabajo que le daban. Pero más por un afán de perfeccionismo que por dificultades de expresión. Donde tenía capacidad de comunicación fuera de lo común era como conversador. Sus tertulias son inolvidables para todos los que las disfrutamos. Allí se expandía el Eugenio entregado a una causa, de cultura amplísima, misionero de los ideales de Dios y de España. Y esa fue su gran arma de convicción y de enganche.

En Madrid, capitán del Cuerpo jurídico y Letrado del Consejo de Estado, oposiciones que ciertamente eran una recomendación, pensó que para salvar a la monarquía, pese al rey, y ponerla al servicio del derecho público cristiano era preciso crear

una revista que, aglutinando a los intelectuales dispersos de sentires más o menos tradicionales, fuera no sólo dique a lo que entonces parecía aluvión incontenible de la izquierda sino Covadonga desde la que se alumbrase una nueva Reconquista.

Su bagaje doctrinal, acumulado en mil lecturas, era más que suficiente para la empresa. Pero tenía además un modelo largamente estudiado. La *Action Française*, de Charles Maurras, que seguía con pasión. Evidentemente no se trataba de un simple mimetismo. Los saberes aprendidos de Nocedal, fray Fernando de Zevallos, Vélez, el Rancio y, sobre todos, Menéndez Pelayo, hicieron que un movimiento, que nacía con un nombre que era traducción del francés, que acababa de ser condenado por Pío XI, no sólo no tuviera el menor roce con la Iglesia, sino que fue sinceramente apreciado por ésta. Las íntimas relaciones de Eugenio Vegas con el que poco después sería el cardenal Gomá son ilustrativas al respecto.

Estamos en el año 1930. Con destino en Madrid, después de un breve período en Africa, Eugenio busca ayudas y colaboraciones. Rodezno, Lozoya... y Maeztu. Fue el gran encuentro. Eugenio se resistía a él por dos motivos: el escaso aprecio que sentía por el periodismo y los antecedentes radicales de don Ramiro. Pero una vez producido, la amistad fue inmediata y absoluta. Cortada por el asesinato de Maeztu, Eugenio conservó, hasta el fin de sus días, la devoción al maestro. Y con Maeztu, Pradera. Dos caracteres muy distintos pero que se complementaban perfectamente. Fue otra de las grandes, y escasas, admiraciones de Eugenio. Porque no fueron muchas las personas a las que verdaderamente admiró.

Hay que ponerse en la situación de aquellos días para valorar lo que significó la obra de Eugenio Vegas. Aún no había cumplido veinticuatro años. La monarquía liberal agonizaba. Los tres volúmenes del general Mola, *Mi paso por la Dirección General de Seguridad*, resulta definitivos al respecto. Nadie creía ya en la monarquía. Ni el rey. «¿Monarquía? ¿República? Da lo mismo; lo que importa es España», había dicho Alfonso XIII en octubre de 1930. Y aquel joven que soñaba empresas en bien

de la patria quedó consternado. El sabía que no daba lo mismo. El sabía que la república iba a suponer la persecución religiosa y la quema de conventos, la expulsión de los jesuitas, la negación de la España que amaba. En cambio, la monarquía, la institución en que creía y que nada tenía que ver con la apariencia que se alojaba en el Palacio de Oriente, era Granada y Guanahaní, Mulhberg y Lepanto, Trento, El Escorial, Lope, Velázquez, Calderón... Una patria al servicio de Dios.

El rey partió al exilio y la monarquía pareció desaparecer definitivamente de la historia de España. Las derechas se apresuraron a aglutinarse en torno a Gil Robles con acatamiento expreso de la forma republicana. Vegas, desde *Acción Española*, se propuso restaurar el crédito monárquico, a la sazón prácticamente nulo, y en pocos años lo consiguió. La monarquía volvió a ser considerada como posible solución histórica. Y Franco la instituyó en las Leyes Fundamentales. Cuarenta y cuatro años después de la marcha de Alfonso XIII volvía a haber un rey en España. Aunque su monarquía no tuviera nada que ver con la que habían querido Vegas o Franco. Pero eso es ya otra historia.

La capacidad organizadora de Eugenio Vegas en aquellos días es verdaderamente asombrosa. Recluta intelectuales, escribe, conspira, discurre actos, alguno tan sonado como la conquista de la Academia de Jurisprudencia y, sobre todo, aglutina a la dispersa intelectualidad de la derecha y la exhibe, desde las páginas de la revista o en actos por él organizados con un doble e inmediato resultado. El primero de consolidación interna del grupo. Proclamada la república, apenas ningún intelectual se atrevía a manifestarse públicamente como católico o de derechas. El prestigio estaba en la otra orilla y el porvenir parecía que también. Así, pues, era acto poco menos que heroico hacer profesión en academias, cátedras o publicaciones de los sentires de la tradición hispana.

El fenómeno cambió enseguida de signo y resultó expansivo por sí mismo. Conforme el grupo aumentaba, resultaba mucho más fácil captar nuevos adeptos. En ocasiones acudían ya sin

que nadie les llamara por el prestigio que el propio grupo iba alcanzando.

Al mismo tiempo la opinión pública advirtió la existencia, cada vez más notoria, de poetas, filósofos, dramaturgos, novelistas, teólogos, académicos, catedráticos... en las filas de la derecha. Que no vacilaban en proclamarse católicos y antirrepublicanos. Determinados periódicos, *ABC*, *La Epoca*, *La Nación*, contribuyeron decisivamente en la difusión de pensamiento, nombres y prestigio y, muy poco tiempo después de la caída del régimen, declaraciones intelectuales de derechas no sólo era innecesario hacerlas vengozantemente, sino que suponían reconocimiento público y consideración social. Fue el segundo resultado de la actividad de Eugenio Vegas. Y, como bien se comprende, ambos efectos se potenciaban mutuamente en progresión geométrica.

Esta fue la obra por excelencia de Eugenio Vegas. Y la que cuajó plenamente. Otras empresas suyas concluyeron en el fracaso. Y cuando comprobó que nada había que hacer en el sentido que le marcaban sus ideales abandonó dignamente el campo para no autorizar ni siquiera con una presencia pasiva lo que estimaba error que sería pródigo en funestas consecuencias. *Acción Española*, a la que se entregó con cuerpo y alma fue, probablemente, la única actividad pública de Eugenio Vegas realmente gratificante. La guerra, en la que por tres veces se enroló como simple voluntario, fue una esperanza que pronto se frustró. Mimetismos fascistas no le ilusionaron en modo alguno. Lausane y Estoril eran un calvario moral que terminó abandonando cuando juzgó que los derroteros que se seguían llevaban a puertos muy distantes de los por él soñados. Sin esperanzas terrenas se retiró, con enorme dignidad, a su casa donde, hasta el último día, recordaba al pequeño cenáculo de amigos las doctrinas que juzgaba salvadoras.

En cambio, con *Acción Española*, palpó los resultados y llegó a creer, aunque siempre pensó y así lo ha escrito, que hacían falta más años de preparación intelectual, que las doctrinas que propagaba podían imponerse. No en vano aumentaban, de día

en día, los intelectuales que se embarcaban en la aventura, los entusiastas, los suscriptores...

En más de una ocasión he enumerado, en estas mismas páginas de *Verbo*, a los que, o mejor, a muchos de los que cerraron filas en torno a Eugenio Vegas en la tarea que capitaneó. Ello me excusa de reproducir la lista, pero sí quiero señalar que la derecha española no había conocido nada semejante en su historia. Los intentos anteriores: Balmes, Viluma, Pidal, Nocedal, los congresos católicos, Cánovas desde el liberalismo, Cascajares, Polavieja... fueron penosas manifestaciones de división y antagonismo. Terminaba siendo más enemigo el afín que el adversario. Y la historia es irrefutable a este respecto.

Con Eugenio se produjo una integración verdaderamente asombrosa. Allí se encontraron, en la amistad, en la lucha y en la esperanza, gentes adictas a la monarquía restaurada en Sagunto y carlistas sin tacha, integristas y albiñanistas, hombres de la Falange que nacía y comprometidos con la CEDA, religiosos y militares, obispos y políticos... Los pocos supervivientes de la magna epopeya pueden dar fe de ello: López Ibor, Pedro Sáinz, José Luis Vázquez Doderó, Cortés, José Antonio García de Cortázar, Gabriel Alférez, Talao Núñez, Cerverales, Luis y Javier Vela, Alfonso Valdecasas, José María, Lucas y Antonio Oriol, Armando Durán, Octaviano Alonso de Celis... Evidentemente omito a algunos cuyos nombres no me vienen en estos momentos a la memoria. Pero hay tres que no me da la gana de citar: un asiduo colaborador de *El País*, otro de *Ya* y un tercero que, afortunadamente, ya no colabora en casi ningún sitio.

También lo he escrito. El haber sido amigos de Eugenio Vegas dejaba en el alma una impronta muy difícil de borrar. Su entierro fue buena prueba de ello. Un observador ajeno a lo que Eugenio Vegas significó no entendería nada. Y estoy seguro de que muchos de mis eventuales lectores, tampoco. Joaquín Sarrástegui y Joaquín Aguirre Bellver, Serrano Súñer, Sánchez Bella, Garicano, Antonio Oriol y Pedro Sáinz Rodríguez. Los tenientes generales Díez Alegría y González del Yerro y el senador socialista José Prats. Y, respecto a este último, cuyo do-

lor en Gurtubay y en Algete eran evidentes, sólo puedo dar fe del gran cariño personal que le tenía Eugenio.

Ansón, Gamba, Darío Valcárcel, Manuel de Santa Cruz, Paco Gomis, Tovar, Parcent, Díaz de Aguilar, Sanz Pastor, Uriarte, Muñiz, Gil de Sagredo, Badía, Bullón de Mendoza, Iranzo, Díez del Corral, Hernández Gil, Salustiano del Campo, de Miguel, Soria, Martín Amores, Morán, Cantero, Vallet, García Hoz, Hernando de Larramendi, de la Cierva, Fernández de la Mora, Hernansanz, Cervera, el Duque de Alba, el de Albuquerque, Rumeu, Piñar, Santiago Corral, García de la Concha, García de Enterría, Armand Magescas, el general de Benouville, Gella, Ollero... Es el recuerdo de unas horas emocionadas en las que, evidentemente, no pasaba lista. Se me olvidan, pues, muchos nombres. Es igual. Tan variopinto mosaico en recuerdo a un hombre que parecía olvidado, que nada aportaba en el mercado de vanidades y en el escalafón de ascensos, sólo habla de la personalidad del muerto.

Era inevitable que el recuerdo de *Acción Española* se hiciera presente. Sin embargo, los allí presentes eran sólo una caricatura sin vida y sin mañana. Aquellos, los de los años treinta, estaban unidos por una tensión ilusionada de esperanza. Los de hoy producían pasmo a cualquier observador que fuera ajeno a lo que fue Eugenio Vegas, pero nada más. Ayer eran una fuerza inmensa que cambió el destino de una España que se deshacía. Hoy, apenas una mezcolanza sin sentido. O sin otro sentido que el recuerdo de una amistad verdaderamente traicionada por bastantes de los presentes.

Pero estamos hablando de *Acción Española* y no del triste presente. Eugenio Vegas devolvió a la derecha española, en los años treinta, cohesión, razones y, sobre todo, esperanza. Cincuenta años después, cuando uno otea el horizonte político e intelectual en busca de algo similar, porque eso es precisamente lo que hoy también se necesita, el recuerdo de la obra de Eugenio Vegas nos hace sentir más que nunca la orfandad.

*Acción Española* fue mucho más que una revista. Fue, más que nada, una voluntad de acción que se hizo omnipresente. Y

esa voluntad fue la de Vegas. Se editaron libros, se pronunciaron conferencias, se hizo tertulia y conspiración, propaganda y apoyo al correligionario, cátedra y academia, captación de figuras consagradas y de jóvenes estudiantes, periodismo y poesía. El esfuerzo de Eugenio sólo puede ser comparado en España con el de Giner. Ambos consiguieron, desde polos opuestos, resultados muy parecidos.

Cuando la restauración canovista pareció hundir las esperanzas de la España revolucionaria, el tesón y, preciso es reconocerlo, las extraordinarias dotes personales de Francisco Giner de los Ríos, alimentaron al principio lo que parecía pavesa a extinguir hasta lograr una poderosísima fuerza intelectual y política que configuró decisivamente el porvenir de España. Fue un lento trabajo que cuajó incluso después de la muerte de Giner.

Desde una filosofía que no era de recibo en ninguna parte del mundo, predicada en nuestra patria por un locoide ininteligible como lo fue Sanz del Río, Giner supo aglutinar en torno de él a gran parte de los que consideraban la religión católica una atadura a romper y la historia de España una desgracia. Y lo que significó la Institución Libre de Enseñanza es notorio.

Podríamos decir que Eugenio Vegas intentó una Institución al contrario. Y sus ideas parecieron triunfar enseguida. Apenas cinco años de actuaciones y la España católica y tradicional estaba en la trinchera arma al brazo y ganando la guerra. Me he referido también, en estas páginas, a la enorme importancia que atribuyo a *Acción Española* en la génesis del 18 de Julio y no insistiré en ello. Pero sí conviene señalar que los pocos años que mediaron entre los primeros trabajos de Eugenio Vegas y el alzamiento de 1936 fueron insuficientes para que la gran cosecha que ya se presentía pudiera recogerse. A esto hay que añadir el asesinato de las primeras figuras del grupo: Maeztu, Calvo Sotelo, Pradera. Y un deliberado propósito gubernativo de impedir la reaparición de la revista una vez ganada la guerra.

Habían comenzado ya las grandes desilusiones de Eugenio Vegas. Que continuarían hasta que se aleja definitivamente de Estoril. Recogido en su casa, con sus ideas y sus libros, no vol-



vería a intentar ya ninguna operación política. Llevaba sobre sus espaldas demasiados desengaños. Pero fue de los hombres y no de su pensamiento de quienes se alejó. Quiso que en su esquila figurasen estas palabras: «Vivió y murió fiel a sus ideales». Y de pocas personas se podrá decir esto con más verdad.

Esos ideales es, en *Acción Española*, donde se recogieron y desde donde se propusieron a España como tarea colectiva. Ahí es donde está el mejor Vegas, políticamente, se entiende. Y el apasionante primer tomo de sus *Memorias* da cumplida referencia de ello.

Los que hemos tenido la suerte de oírle el relato de aquellos años no sabíamos qué admirar más: su prodigiosa actividad de entonces o la fidelidad de hoy a lo que entonces pensaba y que seguía creyendo eran las únicas ideas salvadoras de España. Y la situación presente no parece quitarle la razón.

Su hondísima fe religiosa y la convicción de que había hecho cuanto estaba en su mano, e incluso más, en servicio de sus ideales le llevaron a una serenidad de ánimo, en sus últimos tiempos, realmente pasmosa. Ahora, desde la serenidad absoluta, en presencia de Dios, a quien quiso servir sobre todas las cosas, verá con la sabiduría del cielo que su magno esfuerzo no ha de ser inútil, que sus batallas por la causa de Cristo se apuntaron en el libro de la gloria y que llegará el día, ojalá sea pronto, en que la España que Eugenio soñó desde *Acción Española* será realidad. Será de nuevo realidad.